

Humanismo y locura

Jacinto Choza ¹

1.- El nacimiento de la razón médica. La enfermedad sagrada

El mayor descubrimiento y la mayor aportación de la antigua Grecia a la cultura occidental y a la global es el *logos*, la ciencia. El siglo VI a C. registra el nacimiento de la matemática, la astronomía, la geografía, la música, la medicina, y más tarde se registra el de la lógica y la gramática.

A partir de entonces, se establece una diferencia clara entre experiencia y ciencia: el experto no sabe por qué logra algo y el científico sí, puede enseñar, universalizar. Y puede hacerlo porque ha construido un modelo conceptual, dentro del cual sitúa y define lo que quiere manejar, y posteriormente, con arreglo a esas medidas fijadas, maneja los objetos correspondientes.

Así es como se percibe el nacimiento de la ciencia ahora, en términos de constructos, modelos y resultados. Pero en su momento no fue así. En su momento, y durante muchos siglos después, se percibía como un tránsito de lo falso a lo verdadero, de lo fantástico a lo real, del prejuicio infundado al conocimiento cierto.

El *logos* lo aplica a la medicina un hombre, Hipócrates, cuyo nombre se asocia con lo que se considera uno de los descubrimientos más importantes en toda la historia de la medicina, a saber, que *la enfermedad es un fenómeno natural*. Pero más que de un descubrimiento se trata de un momento del proceso de racionalización, de secularización, de desencantamiento del mundo, del momento en que se produce el tránsito de lo misterioso y mágico a lo construido racionalmente, o, como se expresa en la polémica sobre el humanismo de la última década, el tránsito del teocentrismo al antropocentrismo o humanismo, el tránsito de lo sagrado a lo habitual y burocrático. Entonces es cuando la idea de destino y de fortuna cede su lugar a la de naturaleza, y lo singular cede su puesto a lo común.

En efecto, la medicina primitiva supone que la enfermedad es un castigo divino, o una hechicería, o la posesión del cuerpo del paciente por un espíritu maligno, o la pérdida del alma, o varias otras cosas más, que tienen todas un elemento común: se trata de fenómenos sobrenaturales. De hecho, ésa es la razón por la que los antropólogos la conocen como medicina primitiva. Pues bien, Hipócrates maneja un concepto nuevo recientemente acuñado y que él contribuye a perfilar, el de *naturaleza*, y sostiene que las enfermedades no tienen origen divino sino que sus causas se encuentran en el ámbito de la naturaleza, como por ejemplo el clima, el aire, la dieta, el sitio geográfico, etc., que a su vez han perdido también su carácter divino. La conciencia del cambio de paradigma es muy neta en el propio sabio. En el tratado sobre *La enfermedad sagrada*, o sea la epilepsia, que data del siglo V a.C., el autor dice:

¹ Catedrático de Antropología Filosófica. Universidad de Sevilla.
C./ Italia, 10E- 41907 Valencina-Sevilla. Tel. (34) 95 572 02 89Facultad de Filosofía C/
Camilo José Cela s/n. E- 41018 Sevilla. Tel. (34) 954557755. Fax: (34) 954 55
[email:jchoza@us.es](mailto:jchoza@us.es)

*Voy a discutir la enfermedad llamada "sagrada". En mi opinión, no es más divina o más sagrada que otras enfermedades, sino que tiene una causa natural, y su supuesto origen divino se debe a la inexperiencia de los hombres, y a su asombro ante su carácter peculiar. Mientras siguen creyendo en su origen divino porque son incapaces de entenderla, realmente rechazan su divinidad al emplear el método sencillo para su curación que adoptan, que consiste en purificaciones y encantamientos. Pero si va a considerarse divina nada más porque es asombrosa, entonces no habrá una enfermedad sagrada sino muchas, porque demostraré que otras enfermedades no son menos asombrosas y portentosas, y sin embargo nadie las considera sagradas.*²

Semejante planteamiento, claramente ilustrado, sin dejar de ser reconocido actualmente como un magnífico logro, se toma sin embargo con alguna cautela. Ahora somos también conscientes de lo que con la ciencia se perdió y ahora intentamos recuperar: la singularidad de cada dolencia, de cada paciente, lo enigmático de cada tratamiento eficaz, de cada curación. Sin embargo, hay que señalar que junto a ese entusiasmo por lo científico y universal, Hipócrates no descuida lo singular, sino más bien todo lo contrario.

Desde el punto de vista del contraste entre la ciencia griega occidental y el arte de lo singular e irreplicable, es destacable aquella afirmación de Jaeger acerca de la influencia que la medicina hipocrática, que el mismo Hipócrates específicamente, ejerció sobre Platón, y que se refiere, en el Fedro, al método médico. En efecto, Platón toma de Hipócrates el modelo para la retórica y su arte de tratar las almas.

Pero ese arte, esa *tekné* de tratar las almas, la *tekné psycagogia*, la *psyqués therapeia* de Sócrates, la cura de almas, el discurso médico persuasivo, es precisamente el arte de la retórica, y no una ciencia, no es *epistéme*, y entre ambos frentes se debate continuamente el pensamiento platónico, lo mismo que el hipocrático. Porque ese planteamiento de Hipócrates fundamenta y legitima eso que Platón llama dialéctica y que considera como ciencia, técnica y arte de pensar, único método de razonar para llegar a la verdad (cfr. Platón, Fedro, 270 cd)³. Ese método de las divisiones y reunificaciones (*diaireseon kaí synagogon*), del que Sócrates se declara enamorado, será denominado método dialéctico (*dialektiké métodos*, Platón, República 533 c)⁴, y a "aquellos que son capaces para hacer eso los llamo dialécticos (*dialektikoís*)" (Fedro 266c), siendo Hipócrates el paradigma y primer dialéctico de la historia.

Lo que Platón está admirando es el arte de curar por la palabra, el arte de comunicarse con el enfermo, de hacerle sentirse comprendido, acompañado, sabido por otro, es decir, acogido, querido, y que tanto estudió y nos transmitió don Pedro Laín Entralgo.

2.- La institucionalización de la locura. El carnaval

Vamos a ver más de cerca las relaciones entre ciencia y arte, entre lo universal y lo singular, entre cosmos y caos y, en último término, entre razón y locura.

Con la emergencia del *logos* y de la ciencia, el término razón empieza a significar no sólo una capacidad o facultad humana, sino principalmente el conjunto de leyes lógicas y morales que regulan los comportamientos del cosmos y de los hombres.

² *Tratado Hipocrático*. Gredos, Madrid. 1986.

³ Platón. *Fedro (en Obras completas)*. Aguilar, Madrid. 1969

⁴ Platón. *Republica (en Obras completas)*. Aguilar, Madrid. 1969

En nuestra cultura, tanto en la Grecia clásica como en la Europa contemporánea, cuando hay deficiencias en el uso de esas leyes lógicas se suele decir de alguien o de algo que es irracional, en cambio, cuando las deficiencias se registran en la facultad humana se dice de alguien que está loco. En griego, irracionalidad se dice *alogía* y locura se dice *manía*, (lat. *Insania*). Para designar la locura se usa también los términos *epi-lepsis* y *moria*, de *epi-lambáno*, *epi-lépsomai*, ser atacado, capturado, atrapado y de *epi-leipsis*, deficiencia, carencia, falta.

Todavía, la obra de Erasmo de Rotterdam, *Elogio de la locura*⁵, lleva como título griego *Morias Encomion*, y como título latino *Estultitiae Laus*, donde *Morias*, y *Stultitia*, significan necedad, insensatez, y no estado mental de enajenación.

Desde la emergencia del *logos* en la Grecia antigua, nuestra cultura registra una diferencia entre locura e irracionalidad, que no se encuentra en todas las culturas, y que es indicativa de que el término razón, en el sentido de conjunto de leyes lógicas, es un concepto derivado y elaborado reflexivamente durante la historia del mundo occidental.

Con todo, la diferencia entre orden (cosmos) y desorden (caos), como correlato de la diferencia entre razón (*logos*) y locura, viene desde muy atrás. En el principio era el caos, dicen el *Génesis* y también la *Teogonía* de Hesiodo⁶ en sus inicios. En el principio era el *logos*, dicen el Evangelio de Juan y Pitágoras.

Hay buenos fundamentos para sostener la afirmación del *Génesis* y de la *Teogonía* frente a la de Pitágoras y Juan, a saber, que el universo no está formalizado desde el punto de vista de la supervivencia humana. La tierra, el fuego, el agua y el aire no están inicialmente formalizados para que el hombre pueda sembrar y cosechar, cocinar y fundir, regar y navegar, volar y moler. Se presentan espontáneamente, en la naturaleza, en forma de desierto o selva, en forma de rayo o de erupción volcánica, en forma de lluvias, de desbordamientos y oleajes, o en forma de huracán o de tornado, es decir, se presentan sin forma, como un caos que destruye todas las formas, que las convierte todas en caos. Es decir, se presentan espontáneamente en término de desorden y locura, y no en términos de orden y razón.

Pues bien, esa locura es asumida y aceptada desde el principio, y no solo tolerada, por los diferentes grupos humanos y las diferentes culturas. Se acepta como un factor clave y necesario de la vida normal, y se institucionaliza en las fiestas del carnaval, que consiste en la subversión de todos los valores, en la ruptura del orden establecido.

En las fiestas de carnaval se pone de relieve que la racionalidad vigente es una convención, y que el caos es originario. Se considera que el carnaval es una de las fuentes de la tragedia, y, en general, de las representaciones escénicas, y se sospecha desde los comienzos de nuestra cultura de las artes escénicas porque en su crítica y ridiculización del orden establecido apelan al caos como más radical que ese orden. Por eso a los actores y actrices se les ha asimilado al mal, a la locura y a la herejía.

En efecto, en el siglo XII a los juglares se les niegan los sacramentos y la posibilidad de alcanzar la salvación eterna, y los clérigos que se los administran quedan suspendidos. Tomás de Aquino, más benévolamente, concede que el que sabe ejercer su oficio decorosamente no peca.

Esa situación del actor y del autor es padecida también en la Europa moderna en Inglaterra, Francia y Alemania. Constituye una excepción Italia, donde los actores, súbditos del Papa, se libraban de la excomunión incluso en el extranjero, aunque

⁵ Erasmo. *Elogio de la locura*. E.D.A.F., Madrid. 1969

⁶ Hesiodo. *Teogonía*. Alianza, Madrid. 1993.

algunos Papas, en concreto Inocencio XIII, Clemente XI, Benedicto XIV y Clemente XIII se pronunciaron muy rigurosamente contra los espectáculos públicos.

Por todas partes, sentencia von Balthasar asumiendo la sistematización de M. Foucault en la *Historia de la locura en la época clásica*⁷, aparece mezclado lo cómico-grotesco, lo cruel-satírico, aquel fondo de locura que siempre se procura derecho y espacio allí donde la erudición, la escolástica y la autoridad irrefutable se presentan como verdad.

Los escenarios se controlan desde el primer momento y se infama a los actores y profesionales análogos porque el orden social consiste en la definición y ejercicio recto de las profesiones. Y eso tanto en la sociedad totémica como en la moderna. Por eso, el conjunto de profesiones que consiste en representar ficticiamente, o acaso burlescamente, las de los demás, especialmente las de mayor dignidad y autoridad, requiere vigilancia continua y prohibiciones y sanciones frecuentemente.

Pero no se trata solamente de que lo cómico y lo teatral sean peligrosos porque pueden inspirar un desorden público, porque alteran el orden sociológico. Se trata de que esa alteración del orden sociológico significa una alteración en el orden ontológico y en el epistemológico del mismo calibre. Se trata de que la locura es necesaria para la vida porque en el principio era el caos. Se trata de que el humanismo antropocentrista no puede sostenerse en ningún caso como un absoluto auto suficiente.

3.- Locura y risa.

Cuando se inicia la modernidad y se inicia el imperio de la razón, Erasmo elogia la locura. Los humanistas se acogen al teatro, a las artes escénicas, a la locura y a la risa, porque la risa es el más radical cuestionamiento de la racionalidad en tanto que orden establecido. Y a finales de la modernidad, la risa es la única forma aceptable de flirteo con la locura.

La risa pone en movimiento unas fuerzas que pertenecen al orden de lo caótico y dionisiaco, y que emergen en las fiestas populares, los carnavales, etc. Baudelaire las pone en relación directamente con el mal y, en concreto, con el ángel caído: la risa es satánica y por eso es profundamente humana, está íntimamente ligada al accidente de una antigua caída, de una degradación física y moral, pues testifica, en efecto, el orgullo desmesurado del hombre, celebrando en un delirio de poder su voluntad de auto afirmación.

Es ya en ese contexto donde se sitúa la obra de Michel Foucault y su proclamación de la muerte del hombre como liquidación del humanismo antropocéntrico. Foucault comienza su libro *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*⁸, con esta especie de confesión intelectual.

"Este libro -dice- nació de un texto de Borges. [...] el texto cita 'cierta enciclopedia china' donde está escrito que 'los animales se dividen en a) pertenecientes al emperador, b) embalsamados, c) amaestrados, d) lechones, e) sirenas, f) fabulosos, g) perros sueltos, h) incluidos en esta clasificación, i) que se agitan como locos, j) innumerables, k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, l) etcétera, m) que acaban de romper un jarrón, n) que de lejos parecen moscas' . En el asombro de esta taxonomía, lo que se ve de golpe, lo que, por medio del apólogo, se nos muestra como encanto exótico de otro pensamiento, es el límite del nuestro: la imposibilidad de pensar esto. Así, pues, qué es imposible pensar y de qué imposibilidad se trata?"

Foucault escribe a continuación un libro de cerca de 400 páginas para mostrar que un ordenamiento conceptual determinado, el de la modernidad, ha surgido merced a

⁷ Foucault, M. *Historia de la locura en la época clásica*. F.C.E, México. 1972.

⁸ Foucault, M. *Las palabras y las cosas*. Siglo Veintiuno, México. 1979.

la concurrencia de unas fuerzas sociales. La cuestión no es por qué para nosotros resulta imposible pensar esa clasificación, sino por qué a Foucault ya nosotros nos produce tanta risa no poder hacerla.

En esa misma línea se sitúa el humor que va desde Paul y Baudelaire hasta Pirandello, y que se considera legitimado por la encarnación de Dios, en virtud de la cual, lo más pequeño queda ensalzado hasta lo más alto y lo más consistente queda marginado como accidental. Este acontecimiento de la encarnación permite a su vez al humorista mirar el mundo como impensable, o sea, como misterioso y encantado.

Por qué no poder pensar algo, y, en concreto, esa clasificación, produce risa? Por qué puede divertir tanto percibir el límite del pensamiento? Para empezar, hay que decir ya que aquí la risa se da como una forma de conocimiento, o, al menos, como algo relacionado con el conocimiento. Pero, ¿es en efecto la risa una forma de conocimiento? Si, y de conocimiento de lo que trasciende por completo a la razón. Cuando el héroe moderno no puede brillar con el esplendor de la belleza porque el estilo ilustrado de la representación ha perdido la referencia a lo infinito y a lo trascendente, entonces lo sublime se abre paso mediante figuras insólitas de locos, tontos, payasos y otros desechos humanos.

En la época de los caballeros el *Parsifal*, durante el humanismo el *Elogio de la locura*, durante el barroco *Don Quijote* y el *Simplicissimus*, y cuando nos hemos fijado en esta galería de locos y bufones representativos, advertimos la presencia de una ingente multitud de existencias paradójicas, desde los goliardos y Francois Villon, pasando por *La nave de los locos* de Brant, a Quevedo, a Goya, pero también desde los cómicos y trágicos locos de Shakespeare (Hamlet, Lear, Edmond) al maestro de capilla Kreisler, al *Idiota* de Dostoyeski, a *Rouault*, a Hofmannstahl, Chesterton y Unamuno.

Reírse es algo que puede hacerse con satisfacción cuando se está situado o apoyado en un plano no vulnerado por la risa, o, todavía más, reforzado por ella. En los demás casos, si el que se ríe no tiene otro punto de apoyo distinto de lo convencionalmente admitido y de lo en sí mismo absoluto, la transformación de su ansiosa espera en nada, en que consiste la risa, no produciría placer y gozo, sino más bien alguna de las otras dos emociones como odio, miedo, desesperación o llanto.

4.- El humor del absurdo y la comprensión universal. Santidad y locura.

Cuando las autoridades civiles y eclesiásticas lograron, a finales de la edad media, terminar con los carnavales y fiestas de locos, misas bufas, clérigos vagos, matrimonios dobles o triples, y demás formas tradicionales de la vida cotidiana, la vida social comenzó a organizarse según la forma de una incipiente administración racional, un estado nacional, y unos saberes sistemáticos y disciplinados, es decir, comenzó lo que denominamos Edad Moderna y lo que hemos llamado Ilustración.

Mientras que la vida se había desarrollado un tanto desorganizadamente, y Europa todavía no daba muestras de poder y querer constituirse como un sistema, la literatura había pintado a pastores que citaban a Ovidio, a campesinas de cabellos de oro, a valientes caballeros que rivalizaban con los arcángeles, y suministraba una galería de archiduques del comportamiento que por lo menos marcaban la pauta y señalaban los cánones de la existencia humana. Y eso es lo que todavía aparece en el *Quijote* de 1605, en los relatos pastoriles y amorosos.

Pero cuando los locos desaparecieron de la vida cotidiana entonces empezaron a emerger en la literatura. En primer lugar de la mano de Erasmo de Rotterdam, y en segundo lugar de la de Miguel de Cervantes con el *Quijote* y en la de Mateo Alemán con su *Guzmán de Alfarache*. Sus obras difícilmente habrían tenido siglos antes la acogida que tuvieron en su momento, pero desde entonces esa acogida no ha disminuido, y su

línea de creación ha sido desplegada por una serie continua de figuras que llegan hasta los hermanos Marx, Woody Allen y Forges.

¿Por qué en el Quijote emerge así la locura como burla y risa? ¿Qué tiene que ver la locura con la risa, o qué tipo de risa es la que tiene que ver con la locura? Las Saturnales y la Navidad son fiestas de la locura, carnavales, porque sacan de sus goznes el orden establecido en el universo, lo desquician e instauran por un momento el imperio del caos, el momento cero de la creación, pues eso son actualmente las fiestas de carnavales en el mundo occidental o las fiestas del tipo Woodstock. Esa locura, esa risa y esas fiestas expresan de un modo intuitivo, inmediato, contundente e irrefutable una de las claves de la esencia humana, y de la existencia humana, quizá la clave más radical, a saber, que en el principio era el caos, o que en el principio era el ser. Eso es lo que quizá expresaba el Quijote en 1605, y es lo que seguramente con más frecuencia expresa ahora.

Si hay un filósofo que haya descrito con viveza esa superación de todos los límites racionales, de todas las determinaciones finitas de las cosas, y proclamado la posibilidad de compartir la propia vida con la de cada ser en un éxtasis vital supremo, ha sido Nietzsche. Desde esa perspectiva el caos es gozo, unión, sacramento, vida, y vida abierta a su propia infinitud, y aquí aparece una dimensión de la risa que desde otras no se percibe. La risa es gozo, comunión, vida abierta a la de los otros y compartida con la de los otros. La risa es desbordamiento de la alegría más allá de las formas, y desbordamiento de la vida más allá de las formas. Esa es la relación de la risa y la locura con la vida y la sabiduría. Y algo de eso es lo que don Quijote y Sancho viven ante la máquina de batán.

El desbordamiento de la vida es caos, desorden, superación de los límites, locura. ¿Por qué no produce pavor? Porque hay fuerza, libertad, creatividad, poder, vida, y la vida esa, como el amor, se asegura a sí misma.

El humor del absurdo, en la medida en que lo es, en la medida en que produce risa y no pavor, tiene alguna de esas características que suministran la seguridad existencial necesaria. Por eso nos hacen reír el revuelo nocturno que Maritornes provoca junto a la cama de don Quijote en la venta, la aglomeración de gente en el camarote de los hermanos Marx, los monólogos y diálogos de Groucho, el tránsito permanente del arte a la vida y de la vida al arte de Woody Allen, o de las teorías psicoanalíticas a las prácticas sexuales y de las prácticas a las teorías, o del triunfo a la mediocridad y de la mediocridad al triunfo.

Asimismo los naufragos de Forges nos permiten reímos de lo absurdas que son nuestras islas de desesperación cada vez que nos ahogamos en vasos de agua. Sus encadenados prendidos con grilletes a muros carcelarios muestran hasta qué punto son pequeñas las airadas reprimendas que pronunciamos o recibimos. Sus funcionarios enseñan hasta qué punto los bienintencionados sueños de grandeza de los políticos son ajenos a la realidad, y hasta qué punto la realidad es entrañable, cotidiana e inasible para esos que quieren resolverla en bienestar para todos. Y sus diálogos de Mariano y Concha ponen de relieve el modo en que el caos y la burla de las valoraciones y conocimientos acontecen en el centro más fundamental y decisivo de la existencia humana, a saber, la convivencia conyugal.

Tomarle a todo eso la medida de su pequeñez implica estar a la distancia justa para saltar por encima y triunfar sobre todo ello pero sin triunfalismos, sin desprecios, sin arrogancias. Más bien con resignación, con humildad, con conciencia de otra pequeñez de orden diferente que es la propia. Podría decirse que el humor y la risa son, desde este punto de vista, umbral de infinitud, como sugiere el teólogo Helmut Thielicke al comparar el caballero de la triste figura de Cervantes con el caballero de la

fe de Kierkegaard. Quizá solamente así puede uno reírse de las construcciones de la inteligencia y de la jerarquización de lo valioso, quizá solamente de esa manera es como la locura y la risa llevan a la vida y a la sabiduría, y como don Quijote y Sancho abrieron ese camino que ahora es para nosotros tan aleccionador.

La locura y la risa neutralizan el humanismo antropocéntrico, recuerdan el genuino fundamento de lo humano, y el grado en que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios.